

## Animales, objetos y mundos mentales. Introducción a una Exposición

Los museos se asocian desde siempre a los objetos; a veces, con cierto sentido crítico o despectivo. Quizás por esta causa se han ido produciendo, desde hace tiempo, intentos de “lavar la cara” a la terminología. Mientras que en los primeros estatutos del ICOM de 1951 se utilizaba la expresión “colecciones de objetos”, en 1974 se prefería la de “testimonios materiales del hombre”, que no acaba de arreglar totalmente el panorama (Ll. Prats, 1997: 14 y nota 13, en p. 36 y J.-P. Digard, 1979: 74). Posteriores normativas han derivado hacia el concepto de “patrimonio cultural” y, por lo que al tipo de colecciones que presentamos respecta, hacia los de patrimonio etnográfico y/o etnológico, cultura popular y tradicional –en la Recomendación sobre la salvaguarda de la cultura tradicional y popular– o “patrimonio cultural inmaterial” –en la Convención para la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial–, dictadas ambas por la UNESCO en 1989 y 2003, respectivamente. Mientras que en la primera recomendación el contenido se escora hacia lo que antes se llamaba “folklore” (término que aparece citado de manera expresa), más vinculado a la tradición oral que a otros ámbitos (aunque se mencionan “la artesanía, la arquitectura y otras artes”), en la Convención de 2003 se recurre a algo que en castellano chirría bastante, ya que el patrimonio “inmaterial”, que incluye los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas, también engloba los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que se les asocian. En ambos casos se recomienda que estos bienes se recojan, tras un estudio previo, en centros de investigación y/o museos para salvaguardar su carácter de documento humano.

Vemos que, como destacaba F. Sigaut (1987), la vieja dicotomía material-inmaterial, tan querida por la cultura europea y basada en raíces judeo-cristianas, continúa viva y en constante renovación. Además, se podría añadir que la pugna entre ambas realidades siempre se ha inclinado por valorar el segundo aspecto, y, como ocurre tan a menudo, al potenciar una de las opciones, el propio mecanismo de valoración hace que se infravalore la opuesta. No deja de resultar llamativo que, en estos momentos de proliferación de objetos, esa consideración negativa se siga dando. Aunque ahora, una vez pasada la fiebre de la idea del “progreso” como justificadora de cualquier cambio, quizás podría ser explicable desde una actitud anticonsumista militante. Frente a la fabricación de tantísimos objetos que “deben” ser consumidos, según augura la publicidad que se hace de ellos, se alzan las voces que ponen en tela de juicio esa hiperproducción. La época en que cada nueva creación técnica, plasmada en un nuevo invento, se asociaba alegremente con el avance de la humanidad, excluyendo cualquier tipo de crítica, ha pasado a la historia.

Sin entrar en el espinoso tema de la aceptación o negación del actual sistema económico predominante, ¿alguien se ha parado a pensar seriamente en lo que sería su vida diaria sin objetos?, ¿en la dependencia absoluta que tenemos hacia ellos?, ¿en lo difícil que sería concretar –“materializar”– los aspectos “espirituales” de nuestra vida sin objetos? Y esto no ocurre sólo en la actual sociedad de consumo.

Sin poder negar de manera absoluta esa relación entre “contenedor” museístico y “contenido”, sí hay que defender que el objeto se inscribe siempre en la idea o, al menos, debería hacerlo. No tiene sentido de otra forma: su contextualización es, por tanto, obligada. Tratando de unir

esos dos ámbitos que siempre se presentan opuestos –y que no son sino las dos caras de una misma moneda–, habría que insistir en que un objeto no es nada si no se usa. Algo que no siempre se hace con la debida fuerza. Y es precisamente en ese uso donde reside su grandeza o su mezquindad, no en esas características tan queridas en los museos como elementos típicos y fundamentales de toda descripción, que son su forma, tamaño, color... Lo fundamental es que una persona los utilice, sabiendo cómo hacerlo, y que lo haga con un fin determinado. A todo ello hay que añadir que, en muchos momentos, el ser humano aplica sus conocimientos sirviéndose de muy pocos objetos, o de ninguno. Las manos y, en general, el cuerpo han servido y sirven de herramienta constantemente.

El conocimiento del usuario –el tan usado *savoir-faire* de los franceses– es, por tanto, lo fundamental. Pero, además, ese conocimiento que implica el saber cómo se utiliza un objeto se encuentra ligado siempre a aspectos culturales de mayor amplitud. Es una obviedad decir que todos los objetos están inmersos en una cultura determinada. Sin embargo, no siempre se recalca suficientemente que las pautas culturales, de tipo general, inciden de manera directa en el uso de los mismos. El para qué, el cómo, el cuándo... se puede usar algún elemento de la “cultura material” no está sólo marcado por el momento lógico dentro del proceso en que se inscribe; un proceso que puede ser técnico, pero también ideológico –pensemos en toda la cultura material que acompaña a una procesión de Semana Santa y que la caracteriza de forma absoluta–. La superestructura ideológica condiciona el uso en aspectos poco técnicos.

Si lo ejemplificamos con hechos que tienen que ver con esta Exposición, podemos decir, por ejemplo, que el trato diferencial dado a los animales ha llevado a poder ponerles un yugo o a prohibir hacerlo según las fechas; a que no todos sean igual de comestibles y, por tanto, puedan, o no, ser matados de una determinada forma; a que no se puedan consumir algunos en fechas concretas y, por eso mismo, no sean cocinados. Son algunos aspectos, entre otros muchos, que no hacen más que resaltar la categorización arbitraria de cada cultura ante aspectos cotidianos.

Esta actitud categorizadora suele tener un carácter religioso que está en el origen de muchas prohibiciones. El que en determinados momentos no se puedan usar animales para el trabajo se documenta en el mundo clásico y será algo que heredarán muchas religiones, dentro del contexto más genérico de no trabajar en determinados días (J. L. Mingote Calderón, 2003). Incluso los tabúes alimentarios religiosos son algo aún presente en nuestra cultura laicificada.

La categorización arbitraria, por lo que respecta al mundo de los animales, tiene una justificación de origen bíblico, muy clara en las culturas de tradición judeo-cristiana. Tras la creación de peces y aves, y de animales terrestres, Dios crea al hombre con la misión de que “domine sobre los peces del mar, sobre la aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella” (Génesis 1, 26), para, a continuación, dar una orden semejante a sus descendientes con el fin de que sometan la tierra y dominen a los animales (Génesis, 1, 28). Más tarde, al narrar la estancia en el Paraíso, la Biblia cuenta cómo Yahvé “trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo

formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera” (Génesis, 2, 19).

Esta narración es sólo el principio –en nuestra cultura–, porque luego, todos los descendientes de “nuestros primeros padres” nos hemos dedicado a “etiquetarlos”, añadiéndoles cualidades buenas o malas, según los intereses de cada momento. El orden y la laboriosidad de las abejas, la tozudez de la mula o del burro, la nobleza del caballo..., no son sino trasposiciones del mundo humano a unos seres “inhumanos”. Los ejemplos se podían aumentar sin excesivo problema, como es evidente, y quizás, en lugar de hacerlo, sólo sea necesario recalcar que esa forma de etiquetar tiene un largo pasado y que se nos aparece como algo consustancial a cualquier cultura. El considerarlos “hermanos” que se propone actualmente es otra manera, una más, de inmiscuirnos en su vida.

No obstante, sería erróneo o parcial pensar que no ha habido voces discrepantes respecto a ese dominio humano sobre el resto de los animales. Junto a la consideración de los animales equiparables a “cosas”, visible desde época clásica hasta el siglo XVIII, ha habido personas que han destacado el respeto que merecen, como lo recogen diversos autores. Por un lado, la incapacidad de hablar ha sido lo que ha llevado a esa categorización negativa, mientras que, por otro lado, el que algunos de sus comportamientos sean muy similares a los humanos ha servido para justificar la necesidad de respeto hacia ellos (P. Pic, 2002: 169; R. Marchesini y S. Tonutti, 2002: 27; P. de Lora, 2003: 121, 191 y 233, y J. Riechmann, 2003).

Esta Exposición sobre el mundo animal hay que entenderla desde esa perspectiva que intenta unir objetos e ideas. Es, por lo tanto, una Exposición sobre animales... y personas. Es la mentalidad humana y las necesidades, reales o creadas, de nuestra especie, lo que da vida a los objetos asociados a los “mundos animales”. Y utilizo el plural porque el ser humano no sólo se aproxima al mundo animal real –categorizado aquí como un mundo domesticado y un mundo salvaje–, sino que también se acerca (léase crea) a un mundo animal irreal. Irreal en un doble sentido: en primer lugar porque se trata de seres que no tienen entidad física en la naturaleza, pero también, y no menos importante, porque en otras ocasiones la imagen que cada sociedad crea en torno a animales concretos no tiene relación directa con sus características. Además, y es muy importante, esa valoración puede incidir de forma muy directa en la vida de ese animal. Respecto a los animales que no han “existido” nunca, cabe matizar que son tan “reales” como los de carne y hueso, porque la realidad no es sólo lo medible y pesable; se puede sintetizar la idea, de forma poética, recurriendo a las palabras del poeta –y matemático– portugués Antonio Gedeão, en su “Piedra filosofal”:

Eles não sabem que o sonho  
é uma constante da vida,  
tão concreta e definida  
como outra coisa qualquer...

Y lo que dice de los sueños cabe decirlo de las creaciones mentales, que en este caso son los constantes intentos por poblar un universo lejano o fantástico de seres extraños.

En esta doble línea de objetos e ideas se mueve esta Exposición. Las personas que trabajamos en los museos “heredamos” un patrimonio cultural a través de los objetos que forman parte de las colecciones y que se han ido acumulando sin que, muchas veces, podamos saber muy bien cómo o por qué (A. Carretero, 1999: 99-100 y 2002). Pero sería negar la evidencia el decir que sólo nos interesan los objetos.

Más que otros tipos de patrimonio, el etnológico –el que se puede ver en esta Exposición– tiene valor en tanto que sirve para explicar comportamientos humanos. También es “bueno para pensar” sobre humanos y otros animales. Creo –y espero– que la riqueza conceptual de las “visiones humanas” se aprecie tanto en los artículos que se recopilan en este Catálogo como en las piezas que los acompañan, y que integran la Exposición.

La presencia mayoritaria de objetos procedentes de una cultura campesina y preindustrial, ya desaparecida en tanto que modo de vida predominante, no impide que se haya recurrido también a un buen número de piezas representativas de una sociedad industrial y capitalista. Ambas realidades están presentes en las colecciones del Museo del Traje. Centro de Investigación del patrimonio Etnológico, cuyos fondos integran esta Exposición, y creo que el hecho de combinarlas sirve para enriquecer los planteamientos expositivos. La larga y tortuosa historia de esta institución –desde sus orígenes como Museo del Pueblo Español hasta el Museo Nacional de Antropología, sede Juan de Herrera– se trasluce en los objetos seleccionados, encontrándose piezas de las tres etapas en diverso grado. Se muestran objetos que llevan más de setenta años en sus fondos junto a otros que acaban de entrar en 2005.

Continuidades, evoluciones, cambios y, en una parte importante, rupturas son elementos consustanciales del devenir histórico. Mientras que muchos objetos evocaran, a ciertas personas con una determinada edad, un pasado ya desaparecido, otros nos llevarán al presente. El “yo tengo uno de esos” no será sólo una frase aplicable a los juguetes del propio pasado infantil, más o menos lejano, sino que nos llevará hasta el presente. Sí que se aprecia, a simple vista, que los cambios han sido radicales. El contacto directo con los animales que implican muchos de estos objetos de un mundo rural de raíz preindustrial dista mucho de lo que se puede observar en la “moderna” vida urbana. Los animales utilizados para obtener recursos han sido sustituidos, en el ámbito doméstico, por animales de compañía. Unos animales de los que nadie pretendería obtener una rentabilidad –excepción hecha de aquéllos que se presentan a concurso de razas– porque “se les quiere”, llegando a ser “parte de la familia”. Y habría que añadir que éstos también han sido sustituidos por otros animales “domésticos” a pesar de su salvajismo; me refiero a toda esa fauna que está en nuestras casas a través de las imágenes de televisión y que llegan a formar parte de la vida de muchas personas (baste pensar en la multiplicación de asociaciones de defensa de este tipo de animales).

La pregunta, inevitable en ciertos sectores de público, de si todos los objetos de esta Exposición son Patrimonio Etnológico importa poco. Las respuestas a la misma van a abarcar, con toda seguridad, todas las posibilidades. El público dará las suyas y esa reacción –esa

generación de dudas– será lo destacable. No el tipo de respuesta concreta que se dé. Por nuestra parte, creo que estos objetos están reflejando comportamientos de las personas lo cual los convierte en Patrimonio Humano, y eso sí es lo que los hace importantes.

Sin embargo, resulta evidente que no se puede olvidar que no siempre la relación entre personas y animales precisa de objetos –tampoco están en la Exposición todos los animales con los que entramos en contacto los humanos en esta pequeña parte del sistema planetario–. Por eso, y asumiendo estos matices y carencias, no se ha pretendido agotar un tema de por sí amplio. La alusión a la importancia de la voz en la relación con los animales bastará para llamar la atención sobre un tema poco tratado por la etnología. Una parte de ese patrimonio “inmaterial” se pierde, en buena parte, por falta de uso, ya que cada vez hay menos animales de labor a los que animar con el sonido (García de Diego, 1962). Las variadísimas órdenes y llamadas se transmiten no sólo a través de la palabra concreta, sino también mediante la entonación, reflejando el estado de ánimo o el sentimiento puntual y momentáneo de la persona.

Asimismo, la relación con numerosos animales queda fuera de lo que se podría categorizar como una relación con un fin económico o interesado. Pero eso no obsta para que sean observados atentamente y, por lo tanto, tengan una relación directa con los humanos. Pienso, a modo de ejemplo, en los numerosos dichos y refranes que asocian los diversos estados del tiempo con la actuación precisa de animales concretos. El viento, la lluvia o los cambios de temperatura –por no aludir a fenómenos más ocasionales, como los eclipses– son barruntados y sentidos tanto por los animales domésticos como por los salvajes, y han sido observados por las personas para emitir determinados pronósticos sobre el tiempo en un futuro próximo. La actitud es actual y, asimismo, antigua como ha estudiado D. Krekoukias (1970). Es un aspecto, uno más, de difícil musealización, pero tan importante y real como el uso de un carro.

Un planteamiento que acoja y asuma la diversidad es el que se ha querido plasmar en la Exposición. Las actitudes humanas hacia los animales abarcan también todas las posibilidades, todos los sentimientos: desde la complicidad hasta la confrontación, desde el amor al odio, pasando por la simple y dura utilización. Y muchos de esos sentimientos se verán reflejados en la reacción del público ante determinadas piezas.

En nuestro mundo occidental el ser humano sigue siendo el dominador de todas las especies. Sólo la ciencia moderna, con sus recientes descubrimientos en torno al ADN, parece bajar a ras de tierra (o a vuelo de mosca del vinagre) la creación cultural de autosituarse en la cúspide de la pirámide de los seres vivos. No obstante, y a pesar de ello, el ser humano sigue, seguimos, marcando las pautas de la relación entre nosotros y el resto de los animales. Todavía estamos lejos del respeto igualitario hacia los otros seres del mundo animal, del que también formamos parte los humanos.

Casi toda la complejidad posible –la que cabe en los límites de un libro y de unos pocos autores– se ha querido plasmar en los artículos que vienen a continuación. Espero que esa pluralidad de temas y de enfoques ayude a enriquecer el resultado final para el lector.

José Luis Mingote Calderón

## Bibliografía

- CARRETERO PÉREZ, Andrés (1999): "Museos etnográficos e imágenes de la cultura", en VV. AA. Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio. (Sevilla: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico), pp. 94-109.
- (2002): "Colecciones a raudales", Anales del Museo Nacional de Antropología IX, pp. 13-37 (Aparecido en 2004).
- DIGARD, Jean-Pierre (1979): "La technologie en anthropologie: fin de parcours ou nouveau souffle?", L'Homme XIX, 1, pp. 73-104.
- (1990): L'homme et les animaux domestiques. Anthropologie d'une passion. ([París]: Fayard), 325 pp.
- (1999): Les Français et leurs animaux. ([París]: Fayard), 281 pp.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1962): "Voces a los animales", Revista de Dialectología y Tradiciones Populares XVIII, 3-4, pp. 289-338.
- KREKOUKIAS, Demetrio (1970): Gli animali nella meteorologia popolare degli antichi greci, romani e bizantini. (Florencia: Leo S. Olschki Editore), 84 pp.
- LORA, Pablo de (2003): Justicia para los animales. La ética más allá de la humanidad. (Madrid: Alianza Editorial), 342 pp.
- MARCHESINI, Roberto y TONUTTI, Sabrina (2002): Animales mágicos. (Barcelona: Editorial De Vecchi), 159 pp.
- MINGOTE CALDERÓN, José Luis (2003): "Des implications ideologiques de l'outil agricole dans la société médiévale et moderne hispanique", en Georges Comet (Ed.), L'outillage agricole médiévale et moderne et son histoire. Actes des XXIIIes Journées Internationales d'Histoire de l'Abbaye de Flaran, 7, 8, 9 septembre 2001. (Toulouse: Presses Universitaires du Mirail), pp. 95-146.
- PICQ, Pascal, DIGARD, Jean-Pierre, CYRULNIK, Boris y MATIGNON, Karine Lou (2002): La historia más bella de los animales. (Barcelona: Anagrama), 239 pp.
- PRATS, Llorenç (1997). Antropología y patrimonio. (Barcelona: Ariel), 173 pp.
- RIECHMANN, Jorge (2003): Todos los animales somos hermanos. Ensayos sobre el lugar de los animales en las sociedades industrializadas. (Granada: Universidad de Granada), 623 pp.
- SIGAUT, François (1987): "Haudricourt et la technologie", en André-Georges Haudricourt, La technologie science humaine. Recherches d'histoire et d'ethnologie des techniques. (París: EMSH), pp. 9-34.